

—**LUCHANA**—

DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

—•••••—
JUEVES 18 DE ENERO DE 1844.

ESPARTERO.

—•••••—
Continuacion del articulo 1º

No puede negarse que en aquella memorable batalla (la de Luchana) se llevaron á cabo operaciones muy osadas; pero leyendo con atencion el parte dado por el mismo Espartero, encontramos que la gloria que resulta de las principales maniobras, no corresponde al general en gefe. Oráa, el baron de Meer y otros, habian merecido tanto y mas que él, ser agraciados con el título de conde de Luchana. Al comenzar las difíciles y arriesgadas operaciones para el paso del rio y restablecimiento del puente, no las dirigia Espartero sino Oráa (1). Es preciso no perder de vista tan notable circunstancia para no privar de su gloria al respetable general, á quien en los últimos tiempos le hemos visto alejado del suelo patrio, destinándole á un mando que no parecia muy á propósito para su quebrantada salud y edad muy avanzada.

Formidable era el trance en que las ocho compañías de cazadores se embarcaron en lanchas para saltar en la orilla enemiga; fueron necesarios actos del mayor arrojo; y á la vista de un adversario á quien por cierto no faltaban la inteligencia y el valor; mas no era tampoco Espartero, ni quien ejecutaba ni quien dirigia (2).

Desembarcados los cazadores en la orilla opuesta, y dueños de las posiciones enemigas, se rehabilitó el puente, pasaron al otro lado las tropas de la Reina, con orden de apoderarse del monte de San Pablo; quien las conducía á la sazón era el baron de Meer (3).

Encarnizóse entonces la refriega; la sangre corria á torrentes en ambas filas; pero las tropas de la Reina se hallaron en tan grave conflicto que solo pudieron salvarse con la decision y pericia de los que las mandaban. En el prolongado y sangriento choque recibió el baron de Meer una herida que le forzó á retirarse del campo (4).

Las maniobras continuaban, el fuego y la furia de los elementos diezaban horriblemente el ejército; eran mas de las doce de la noche; y el general en jefe no se habia presentado todavía. Estamos seguros que se lo impedirian sus males agravados en aquella tarde; pero sea como fuere, la historia no debe olvidar que habiendo durado once horas la accion, no se encontró Espartero en el campo sino por espacio de tres media; y que por fin al darse las cargas á la bayoneta que decidieron la victoria, si Espartero conducía una columna, marchaba al frente de la otra el general Oráa (5).

Estenuado el ejército con aquella costosa victoria permaneció inactivo en Bilbao por espacio de tres meses; hasta que se movió hácia el centro de las provincias para la famosa combinacion de los tres cuerpos que atacando á un tiempo por tres puntos diferentes, debia preparar un golpe decisivo. No fuera justo acusar á Espartero del mal éxito de un plan, que si bien podia ser realizable tratándose de atacar un simple ejército, era en extremo descabellado teniendo que habérselas con uno que estaba apoyado por el pais. Pero desde luego salta á los ojos que el general en jefe no debia emprender semejante operacion; y por mas vivas que fuesen las instancias con que le apremiase el gobierno para emprender un ataque decisivo, era de su obligacion resistirse á cometer tamaña imprudencia, presentando si hubiese sido necesaria la renuncia de su puesto, antes que empeñarse en una combinacion que fué muy desastrosa para el ejército invasor, y que todavía hubiera podido serlo mucho mas. Ora Espartero concibiese el plan, ora lo adoptase concebido por otros, manifestó bien á las claras que no conocia el carácter de aquella guerra; y si penetrado de sus inconvenientes se prestó á ejecutarlo, no mostró la firmeza que en semejantes circunstancias debe tener un general en jefe. El que lo era del ejército del norte, podia siempre contar con mucha consideracion de parte del gabinete de Madrid, por motivo de la alta importancia que habia tomado la lucha en Navarra y Provincias Vascongadas: siempre que el general hubiese manifestado que una operacion era muy arriesgada, y que con ella se iba á comprometer la causa, es bien seguro que las instancias habrían cesado, ó hubieran perdido de su tono imperativo. En todo caso, los deberes de un general en jefe son de una esfera superior á los de un subalterno; entre la obediencia ciega y la resistencia abierta, se le ofrece siempre un medio decoroso: sacrificar los atractivos de la ambicion á los deberes del honor.

La dura leccion que se acababa de recibir hizo que se cambiase el plan de operaciones, y que abandonando la idea de los ataques combinados, se adoptase el sistema de reunir la mayor parte de las fuerzas, y dirigir las de un golpe sobre un punto importante. Resolvióse pues el ataque de la línea de Hernani. Pero es de notar que si bien Espartero se apoderó de ella sin mucho trabajo, fué por coincidir su operacion con la salida de la es-

pedicion de D. Carlos; con lo cual quedaba la línea, si nó abandonada, al menos muy desguaruecida.

Como quiera, formaremos concepto sobre la imprevision con que por aquel tiempo eran dirigidas las operaciones, considerando que cabalmente se emprendia un ataque contra el norte de las provincias, al mismo tiempo que el enemigo con numeroso y escogido ejército se encaminaba hácia el alto Aragon, amenazando dar un golpe decisivo á Cataluña, que á la sazón se hallaba muy desmantelada. Si la prudencia y habilidad del baron de Meer auxiliadas con el arrojo del general Leon, no hubieran quebrantado algun tanto el ímpetu del ejército carlista en los campos de Gra, si en el centro de Cataluña se hubiesen repetido las escenas de Huesca y Barbastro, en pocos dias habria caído en poder de D. Carlos la mayor parte del Principado; y el ejército que despues de la batalla de Gra, del hambre de Solsona, y del reves de Chiva, conservó todavía bastantes fuerzas para hacer frente á las de Oráa, Espartero y Buerens, derrotar cumplidamente á este, y marchar sobre la capital, es probable que no se hubiera detenido con débiles tapias si saliendo de Cataluña victorioso y bien abastecido, hubiese podido marchar en derechura hácia Madrid.

Por cierto que no son necesarios conocimientos militares para entender que no convenia entretenerse en operaciones secundarias, cuando el enemigo estaba preparándose á intentarlas decisivas. Se hubieran prevenido gravísimos riesgos, y evitado considerables pérdidas, si al acometer don Carlos su empresa se hubiesen hallado las tropas de la Reina ocupando los puntos convenientes para recibir con ventaja al ejército invasor. Fué preciso marchar á ocuparlos á toda prisa, segun lo demandaba la urgencia del peligro, y lo permitian las circunstancias: corriendo entre tanto el trono de Isabel tan terribles azares, que no se alcanza cómo de ellos salió bien parado, sino atendiendo á la mala direccion que presidió á los negocios de D. Carlos desde la muerte de Zumalacárregui.

Es curioso observar la conducta de Espartero en aquella campaña: fuese plan, fuese casualidad, lo cierto es que nunca tuvo con el ejército expedicionario una batalla formal. Iribarren, Meer, Oráa, Buerens, todos midieron sus fuerzas con el enemigo, con buena ó mala fortuna: solo Espartero general en gefe, y llevando á sus inmediatas órdenes tropas escogidas, maniobró de tal manera que no se vió nunca empeñado en un lance decisivo. Diráse que el enemigo le huia el cuerpo; pero cuando atravesó por el centro de la Península, no parece que debiera de ser tan difícil precisarle á pelear; y lo que lograron los subalternos no habia de ser imposible al gefe. Además, que un ejército tan numeroso, y que amenaza la capital de la monarquía, no se escurre y desbanda á manera de pelotones de somaten. ¿Seria aventurado sospechar que Espartero siguiendo su sistema favorito, dejó para los otros los compromisos y riesgos, reservándose recoger el fruto si es que llegara á sazón? Para aclarar estas dudas, veamos lo que nos indican los acontecimientos sucesivos.

Vueltos á las provincias del norte los ejércitos beligerantes, castiga Espartero los asesinatos de Sarsfiel y Escalera. Aquellas escenas, á la par grandiosas y terribles, contribuyeron de una manera muy particular al realce de su nombre, restableciendo y afirmando la disciplina tan relajada por las revueltas civiles y las mismas circunstancias de la guerra. Con tan justa severidad se afianzó en su puesto el general en gefe, y labró la ma-

yor parte de su afortunado porvenir. Mas, no se empaña el elogio, por haberse enlazado en la accion aplaudida los intereses de quien lo merece, con los derechos de la justicia, y con la conveniencia pública.

En adelante redujose el plan de campaña de Espartero á mantenerse en la defensiva, cubriendo la línea de fortificaciones que circuian el pais enemigo, y esperando que alguna nueva tentativa de invasion llevase á las fuerzas de D. Carlos á operar en terreno para ellas menos ventajoso. Este sistema de guerra, si bien fastidioso y estéril, era el único posible, atendido el espíritu y la posicion del pais, y los numerosos y aguerridos batallones que lo defendian; pero adoptándole Espartero no hizo mas que seguir lo que le habia enseñado el general Córdova, con la práctica y por escrito. La esperiencia de la guerra con los franceses, la del año 22, y sobre todo los desastrosos principios de la presente, estaban confirmando la opinion del ilustre caudillo; pero leida su famosa Memoria, adquirian los hechos tal grado de evidencia, que era preciso cerrase los ojos quien quisiese resistir á la fuerza de la verdad. Si el ejército de la Reina se hubiese desviado de este sistema hubiéranse repetido las escenas de las Amezcuas, y quizás fueran todavía mas calamitosas; porque si bien estaba mejor organizado y disciplinado que en tiempo de Valdes, en cambio, los batallones de D. Carlos eran mas numerosos, contaban con mas fortificaciones y otros medios de defensa, habian adquirido la conviccion de que ocupaban posiciones inespugnables, y habrian sabido aprovechar mejor la victoria que no se hizo en aquella desastrosa retirada. El mismo Zumalacárregui no estuvo á la sazón bastante penetrado de la fuerza propia, y de la debilidad de su enemigo.

Despues de larga inaccion, solo interrumpida por sucesos de escasa importancia, hiciéronse grandes preparativos para dar otro golpe, que si no fuera decisivo, inclinara un tanto la balanza á favor del ejército de la Reina. Estella, Morella y Solsona, debian ser atacadas á un tiempo. Solsona fué tomada por el baron de Meer; Oráa sufrió un descalabro en el asalto de Morella, y se vió precisado á retirarse; Espartero que tan grandes y ruidosos preparativos habia hecho para atacar á Estella, no atacó. De esta suerte quedó desvirtuado el general del ejército de Aragon y Valencia, cuya reputacion militar podia servir de estorbo al del norte; y no corrió escaso riesgo de la misma suerte el de Cataluña, cuya fama iba creciendo hasta un punto que debia de infundir recelos á la ambicion desapoderada.

Los dos generales que operaron, no contaban con fuerzas y recursos bastantes para acometer sus respectivas empresas; las acometieron sin embargo, uno con próspera, otro con adversa fortuna; ¿por qué no desempeñó Espartero la parte que le cabia? ¿no fuera lícito sospechar que entónces como antes trató de eludir compromisos, manteniéndose en expectativa, y no poniendo en peligro ese mando que tan caro le era, y que tan ambiciosos proyectos le inspiraba?

Ademas, que no fué pequeño triunfo el deshacerse de un general tan entendido como Oráa, y cuya severa probidad no infundiria muchas esperanzas de que con el tiempo secundase designios villanos. Por lo tocante al baron de Meer, bien pronto debia llegarle su turno; y entonces Espartero, cuya imperativa influencia habria hecho ya desaparecer el ejército de reserva comenzado á organizar por Narvaez, quedaba sin rivales temibles, único dueño de la situacion, pudiendo ensayar sus fuerzas sobre la corte que tan ciegamente se habia entregado en sus manos. Elevado al ministerio el general Alaix, íntimo

allegado de Espartero, fué una especie de inauguracion del poder del general en jefe. Cabalmente el nuevo ministro se encargó de su alto puesto, inmediatamente despues de haber sufrido un encuentro desgraciado: esta circunstancia, que por cierto no era muy favorable al prestigio del secretario del despacho, no podia ser desagradable á quien lo hacia nombrar; cuanto menos brillase la persona de Alaix, tanto mas resaltaba la preponderancia de quien lo enviara.

Nada diremos del mérito de las acciones de Ramales y Guardamino; á ellas debió Espartero el título de Duque de la Victoria; observaremos no obstante, que no habían trascurrido dos meses desde los fusilamientos de Estella, y que á la vuelta de tres, el jefe del ejército enemigo se entregó á Espartero, con todos los batallones que le fué posible reunir. Entre tales sucesos, no asienta muy bien el título de *Duque de la Victoria*. Como quiera, seria de desear que el general Maroto que tan escaso fruto reportó de las negociaciones, franquease los secretos de su cartera á los que intentasen escribir la historia. Es sensible que un acontecimiento tan trascendental como el de Vergara, esté envuelto todavía en densa oscuridad; Maroto llegó al término de su carrera militar y política el dia que se abrazó con Espartero, y á este le cupo la misma suerte al embarcarse en el puerto de Santa María; perteneciendo ambos personajes á la historia, fuera muy del caso que vieran la luz documentos que no podrian menos de ilustrarla. Las revelaciones de Aviraneta podrian aclararse con las de Maroto. No sabemos si la política inglesa tendrá interes en que se guarde el secreto; pero en tal caso existe un nuevo motivo para avivar la curiosidad.

Luego del abrazo de Vergara, comenzó el puritanismo constitucional de Espartero; desde entonces, ya no fué el general que celoso del orden público felicita al gobierno por haber dado un golpe anticonstitucional al *Guirigay* (6); es un parlamentario rígido que nada quiere hacer sin el consentimiento de las Cortes, es un fiel observador de los principios liberales, aun cuando por ellos debiera encenderse de nuevo la guerra; la Constitucion, y nada mas que la Constitucion; el *héroe de las cien batallas*, en el momento de hallarse en el apogeo de su prestigio y poderío, se siente acometido de los escrúpulos constitucionales de una manera tan delicada y ejemplar, que deja edificados y confundidos á los mas ardientes liberales. Un abrazo en Vergara terminó una era; un abrazo en las Cortes inauguró otra; el primer abrazo arrojó de la Península á don Carlos; el segundo abrazo señalaba á Cristina el camino de Valencia; ¡cosa notable! fervientes reconciliaciones, *nuevos abrazos*, condujeron á Espartero á bordo del Malabar!...

- Nuestros lectores no habrán olvidado que en octubre de 1839, tuvo lugar en las Cortes una escena tan ruidosa como *tierna*. Pronunció el Sr. Olózaga un largo discurso en que manifestó algunas sospechas sobre el ministerio, no solo por el modo con que se habia formado, sino tambien por la conducta que observaba. Mediaron contestaciones, acaloróse el debate; pero al fin, merced á declaraciones conciliadoras y amistosas, se abrazaron el Sr. Olózaga y el señor Alaix, imitando en seguida el ejemplo los demas diputados y ministros en medio de los aplausos de las galerías. Los mismos que se abrazaban no sabian que significaba aquel abrazo. El poder militar cada dia mas pujante, y que amenazaba invadirlo todo, se aliaba entonces con un partido á quien antes tratara con la dureza que acabamos de ver. Esto auguraba á la infeliz España males sin cuento. Con no menos gracia que verdad dijo á la sazón el festivo Abenamar, hablando de la que él apellida escena *tierna y lagrimosa*.

Lloraban los diputados,
 Lloraban las galerías,
 Lloró la mesa y los bancos,
Lloró del trono la silla,
 Los taquígrafos lloraban
 Y lloraban las cuartillas,
 Y por llorar, *toda España*
A su tiempo lloraria.

Pacificadas completamente las provincias del norte, la opinion pública creía estar ya viendo al general de los ejércitos reunidos, cual se arrojaba con la velocidad del rayo sobre Cabrera, y en seguida sobre el Conde de España; aprovechando la terrible impresion que en las fuerzas carlistas de Aragon y Cataluña acababan de producir los colosales sucesos del norte. Por mas fuerte que se quiera suponer á Cabrera encastillado en Morella y Cantavieja; ¿quién podia pensar que se emplearian ocho meses en desalojarle del pais? ¡Y cuánto aparato! ¡cuántos preparativos para el sitio! Las cartas del cuartel general, y el manifiesto del Mas de las Matas, bien claro indicaban que Espartero no perdía el tiempo; y que su inaccion militar ocultaba la actividad de las intrigas, que debian comenzar á desembozarse en Barcelona para llegar al triste desenlace de las playas de Valencia.

Ignoramos si hay algo de verdad en lo que se ha dicho sobre inteligencia entre Espartero y Cabrera; no ha faltado quien sospechara que este último habia cedido á las proposiciones del general enemigo, y que su paso por Cataluña no fué sino para llevarse á Francia los batallones de Cataluña. Sea como fuere, no deseamos que se nos achaque que nos hemos propuesto rebajar en todos los acontecimientos el mérito de Espartero; y así nos abstendremos de formar juicio sobre aquellos hechos, no teniendo á la vista datos suficientes. La enfermedad de Cabrera sobrevino tambien en ocasion muy oportuna para los desiguos del afortunado gefe de los ejércitos reunidos; y la conducta observada en Berga por el caudillo carlista fué cuando menos, algun tanto misteriosa. Para abandonar la plaza y marchar precipitadamente al extranjero al presentarse las guerrillas del enemigo, no necesitaba Cabrera hacer á sus subordinados tan animosas promesas, y divertirlos con festivas y bulliciosas demostraciones. Fuese conviccion de la inutilidad de la resistencia, fuese otro el motivo, lo cierto es que los sucesos manifestaron que Cabrera al atravesar el Ebro no tenia intencion de pelear mas. Nada sucedió que pudiera hacerle cambiar de plan; porque la fuga de Segarra, general de los carlistas de Cataluña, mas bien le dejaba el terreno despejado que no se lo embarazaba. La prueba mas clara de que podia contar con la decision de todos los batallones catalanes, la tenia en que el caudillo que meditaba proyectos de transaccion tuvo que escaparse solo, sin poder llevar consigo, ni una escolta de cuatro caballos, y con gravísimo riesgo de la vida. Añádese á esto que Espartero le dejó libre el paso del Ebro, no obstante de que al parecer le interesaba cerrárselo, para impedir su reunion con las fuerzas de Cataluña; mayormente cuando tomados los fuertes, le era muy fácil destruirlo en pocos días, contando como contaba con un ejército tan imponente, y teniendo en su apoyo el irresistible curso de tantos y tan prósperos acontecimientos. Nos abstenemos de juzgar; pero consignamos los hechos por si pueden arrojar alguna luz.

La lentitud de operaciones que tan beneficiosa fué á Espartero, podia ser

muy fatal á la cause de la Reina; porque no habiendo desistido D. Carlos de su pretension, antes continuando con empeño en alentar á sus defensores, podia acontecer muy bien que se encendiese de nuevo la guerra civil en las provincias donde habia logrado sofocarla, y se aplazara para mucho mas tarde su decisiva terminacion. Es indudable que con los sucesos de las provincias del norte, la causa carlista habia sufrido una pérdida irreparable; pero tambien lo es que las fuerzas de Aragon y Cataluña no eran para despreciadas; y que si se hubiesen visto apoyadas por una nueva insurreccion en Navarra, por poco considerable que hubiera sido, se habria hecho muy difícil el hacerles abandonar el campo. La fuerza moral del suceso de Vergara, que en setiembre de 1839 era irresistible, habia perdido ya mucho en febrero de 1840; y sabido es que en todas las guerras, mayormente en las civiles, la fuerza moral es á menudo mas decisiva que la realidad de los hechos. Mas de 30 batallones le quedaban todavia á D. Carlos despues de la defeccion de Maroto; y sin embargo no resistió á la aterradora fuerza moral de tamaño acontecimiento; pero es bien seguro que si en la primavera de 1840, se hubiesen visto de nuevo en campaña una docena de batallones navarros, habrian cobrado tal ánimo los defensores de este príncipe, que la guerra civil no habria terminado aquel año. Las mismas circunstancias que se miran como muy difíciles en la caída de una causa, cuando en ella ha empezado á cundir el desaliento, son consideradas como muy ventajosas en los momentos de esperanza. Asi, quien debia salvar el trono de Isabel lo esponia con su lentitud á nuevos y gravísimos peligros.—*J. B.*

(*La Sociedad*)

NOTAS.

(1) Los reconocimientos que habia practicado varias veces á costa de acciones formales sobre las líneas enemigas á la derecha é izquierda del Nervion, formando puentes para los diferentes pasos del ejército, me convencieron de que el restablecimiento del de Luchana era el único, aunque arriesgado, medio de salvar á la heroica Bilbao y á su bizarra guarnicion. Para ello acampé últimamente en la llanura de Alzaga y en los montes de Aspe y Arriaga á la derecha del espresado rio, empleando algunos dias y venciendo infinitas dificultades para conducir la artilleria y establecer las baterias inglesas y españolas que habian de proteger tan atrevida operacion.

«El señalado 24 dispuse que la brigada del coronel D. Baudilio Mayol que se hallaba acantonada en Sestao pasase la ria de Galindo por un puente de pontones, que estableció con admirable prontitud frente del Desierto la marina Real inglesa, auxiliando tambien á esta fuerza con media bateria de lomo servida por individuos de la misma nacion. La órden que tuvo fué de situarse en la altura que da frente á la desembocadura de la ria de Azua y de colocar tiradores en la torre arrumada de Luchana y en las casas que están cerca de la ria de Burceña. El objeto era llamar la atencion del enemigo por la izquierda del Nervion para que disminuyese las fuerzas que tenia sobre las líneas de mi proyectado ataque, y para que al mismo tiempo protegiese el paso de la expedicion que habia dispuesto á fin de echar el puente de Luchana. Difícil y temeraria empresa, á la vista del enemigo que se hallaba fortificado á la parte opuesta de la cortadura de un arco del puente de mas de 40 pies de diámetro; posesionado de varias casas inmediatas á él, y colocado en zanja y parapetos diestramente establecidos, con la proteccion de una ba-

teria á 50 pasos sobre el camino, y de otra en la falda del monte de Cabras. Pero yo contaba con soldados intrépidos que ardian en deseo de sacrificarse por salvar á sus compañeros de armas, y no dudé el acometerla fiando su direccion al general D. Marcelino Oráa, gefe de la plana mayor general de este ejército, por hallarme yo enfermo." (Gac. de Madrid del 25 enero de 1837).

(2) «Ocho compañías de cazadores fueron destinadas para la atrevida empresa: la primera y segunda del primer regimiento de la Guardia Real: la 1.^a y 2.^a del de Soria: la 1.^a y 2.^a del de Borbon: estas seis de la 2.^a division; la del tercer batallon de Zaragoza, y la del segundo del 4.^o ligero. Tambien fué destinado al embarque el teniente de artilleria D. Manuel Alvarez Maldonado con algunos artilleros para servir las piezas que se contaba tomar al enemigo, como asi lo verificó. Esta valiente columna de cazadores al mando del comandante del regimiento infanteria de Soria D. Sebastian Ulibarrena, y del de Zaragoza D. Francisco Jurado, muertos gloriosamente, debian á las cuatro de la tarde embarcarse en lanchas para saltar en la orilla enemiga, apoderarse de sus obras y proteger la rehabilitacion del puente. En el momento de la ejecucion se pronuució de una manera espantosa el temporal que ya reinaba. La nieve y el granizo, acompañado del huracan, bastaban para intimidar el espíritu mas fuerte. Nuestros cazadores, superiores á todo, dieron las primeras muestras de su ardimiento con frecuentes vivas y aclamaciones precursoras de la victoria. Magestuoso fué el acto de zarpar las lanchas guiadas y escoltadas por las trincaduras de marina nacional al mando del brigadier D. Manuel de Cañas, y de su segundo el brigadier D. José Morales. En el mismo instante redoblaron el fuego nuestras baterias, y los tiradores de la derecha é izquierda del Nervion. En breve se situaron las trincaduras en disposicion de proteger con sus fuegos el desembarco de nuestros valientes, que arrostrando el de fusileria, y despreciando el de cañon, saltaron animosamente en tierra vitoreando entusiasmados á la Reina y á la libertad.

«Aterrado el enemigo con tanto arrojo, y sorprendido con tan inesperado ataque, fué de cortos momentos su resistencia, dando lugar con su fuga á que los bizarros cazadores se posesionasen de las fortificaciones del puente, de los parapetos de las casas inmediatas y de las baterias del camino y monte de Cabras. Dignos del mayor elogio son, Esmo. Sr., todos los que realizaron el atrevido asalto; pero lo merece particularmente el capitan de fragata D. Francisco Armero, quien á pesar de hallarse herido fué el primero que puso el pie sobre la bateria enemiga, apoderándose de una de sus piezas." (Id.)

(3) «Agravado por mis males en aquella tarde, continuó dirigiendo las operaciones el general Oráa. Los materiales para el puente estaban prevenidos. Nuestros activos ingenieros lo formaron prontamente y con solidez. Los marineros ingleses dirigidos por su comandante D. Guillermo Lapidge, formaron otro de pontones con admirable celeridad, en tanto que el primer batallon de Soria marchaba embarcado en refuerzo de los cazadores. Las mas lanchas que los habian conducido tuvieron que volver para llevar este batallon. Y el general baron de Meer, comandante general de la bizarra 2.^a division, pudo, á beneficio de aquellos habilitados pasos, trasladarla al otro lado de la ria con orden de apoderarse del monte de S. Pablo." (Id.)

(4) Los enemigos, habiendo vuelto de su sorpresa, y reforbados considerablemente descendieron de la eminente cordillera de Banderas, tomando posición en los parapetos y otros puntos, dominando la altura que habían ganado nuestras tropas. La batalla se empeñó entonces con encarnizamiento. Una batería enemiga, colocada sobre el flanco derecho á retaguardia de las fuerzas rebeldes, causaba estragos en las nuestras. A pecho descubierto recibían nuestros valientes el hierro y el plomo. Las cargas á la bayoneta fueron repetidas de una y otra parte: pero ni los enemigos pudieron ser desalojados, ni la valiente 2.^a división pudo ser lanzada del cerro, cuya defensa fué encomendada á su heróico esfuerzo. Centenares de heridos llenaron los hospitales de sangre: el campo estaba sembrado de cadáveres, y en el sangriento, en el prolongado choque, había sido ya herido el general baron de Meer, y posteriormente contuso el brigadier D. Friolan Mendez Vigo, que había quedado mandando la división." (Id.)

(5) «Sin embargo del estado en que me hallaba, temiendo que un reves malograra las ventajas obtenidas por la tarde, di orden al general D. Rafael Ceballos Escalera, para que hiciese marchar rápidamente al punto del combate la 1.^a brigada de su división, y que siguiese él al mismo con la otra; mandando también un ayudante de campo á reunir lanchas, pasarlas al Desierto y seguir en busca de la brigada Mayol, con orden de que dejando solo un batallón en las posiciones, pasase con los otros dos al lugar del combate, atravesando la ría de Galindo por el puente de pontones, y la de Bilbao en las lanchas, pues el temporal había desecho el gran puente de quechemarines. Pero no pudiendo resistir al deseo de imponerme personalmente del estado de batalla, é impaciente por las horas de continuado fuego, monté á caballo entre doce y una de la noche, y me presenté en la altura de San Pablo en ocasión en que fué conveniente y necesaria mi presencia. Defendía la posición el coronel D. Antonio Valderrama, comandante de la Guardia Real de infantería, con un valor admirable, después de las sensibles bajas que había sufrido la brillante 2.^a división que entonces estaba á su cargo. El fuego continuó algún tiempo produciendo los mismos estragos, porque la mucha nieve hacía percibir los objetos; mas habiendo llegado la brigada del valiente coronel Minuisir, en virtud de la orden que di al general Escalera, determiné atacar decididamente al enemigo para ganar la cordillera de Banderas, y apoderarme de los parapetos y de su batería. Merecedor es dicho coronel de la gratitud de la patria por la serenidad con que se condujo formando los cuerpos después del paso de un terrible desfiladero. El soldado al escuchar mi voz, cobró nuevo aliento; sus terribles aclamaciones fueron el augur del más completo triunfo, y puesto á la cabeza de la primera columna, verificándolo á la otra el general Oráa, se dió la más brillante carga á la bayoneta, siguiendo las aclamaciones de entusiasmo acompañadas del paso de ataque, arrollando al enemigo hasta la culminante altura, y lanzándolo en desorden por el descenso de la parte opuesta en dirección de los pueblos de Azua, Herandio y Derio, quedando en nuestro poder la batería que tenían en la cúspide. Desde entonces todo cedió al esfuerzo de estas bizarras tropas que instantáneamente se hicieron dueñas del punto fortificado de Banderas. Once horas duró tan sangrienta lucha, la mayor parte de ellas de noche, con un frío insoportable, y sin que la nieve cesase de caer en tal abundancia que sepultó muchos de los cadáveres, así nuestros como enemigos." (Id.)

(6) *Insertamos á continuacion el siguiente notable documento en el cual no escasea Espartero las mas duras calificaciones al mismo partido á quien luego aduló con tanta afectacion. Extraña coincidencia; la comunicacion es de fecha 18 de julio de 1859; en 18 de julio de 1840, tuvieron lugar los acontecimientos de Barcelona.*

Oficio que pasó el general en jefe del ejército del Norte al señor ministro de la Guerra, felicitando al gobierno por la energía que desplegó al suspender la publicacion del periódico exaltado *El Guirigay*.

Excmo. Sr.: Habiendo llegado á mi noticia que el gobierno de S. M. acordó se suspendiese la publicacion del periódico titulado el Guirigay, á consecuencia de haberse atrevido sus redactores á dirigir infames y bajas injurias á la augusta Reina Gobernadora, procuré la adquisicion del número de dicho periódico que contenia tan inandito ultraje, y su lectura ha producido en mi ánimo la justa indignacion que no puede menos de escitar tan escandaloso desacato.

Yo faltaria, Excmo. Sr., á uno de mis primeros deberes, si en esta ocasion guardase silencio y no elevase mi voz para hacer partícipe de mis sentimientos al gobierno de S. M., al ejército y al público. Mi manifestacion será franca y sincera, aun cuando los perversos que se complacen en la ruina de esta desventurada patria, quieran atribuir torcidas intenciones y bastardos fines, á lo que es un celo puro y deseo ardiente de su prosperidad.

La mayoría de los españoles que desea ver afianzada la Constitucion que nos rige, y con ella el trono legitimo de Isabel II, deplorará como yo esa perniciosa licencia, ese desenfreno de la miserable pandilla, que escudada de la libertad de imprenta, desgarrá y escarnece hasta lo mas sagrado con sus furibundos ataques, emponzoñadas máximas, y anárquicas contestaciones. Esa despreciable fraccion de hombres inmorales que proclamándose defensores del pueblo, todo lo atropellan por llegar á sus reprobados fines, y sumirlo en mayores desgracias, no puede tener otra mas justa calificacion que la de traidora á la noble causa que maliciosamente aparenta defender. Esta clase de hombres sin títulos que recomienden sus personas, sin propiedad que asegure la buena fe de sus exageradas máximas, sin compromisos, y sin virtudes reconocidas por hechos consumados, quieren arrastrar y someter á su tiránico yugo, á la masa general de los españoles que sostienen el Estado ó le defienden, esponiendo todos los dias su existencia. La libertad de escribir y publicar las ideas debe protegerse, cuando no perjudica á la salud de la patria. A esta salud deben ceder todas las consideraciones; y las leyes por mas justas y convenientes que se creyeran al recibir su sancion, tienen que quedar de hecho suspendidas cuando el bien de la patria lo reclama.

La nacion española, tal vez la primera de la culta Europa que reconoció sus derechos y las ventajas del gobierno representativo, ha sido constantemente presa de la esclavitud; y las transiciones favorables que como aureola de su felicidad, se han reproducido en el siglo presente, fueron combatidas para volver al depresivo estado que imprime el despotismo.

Las opiniones se dividen, queriendo cada cual segun su prisma de observacion señalar las causas exclusivas de la perdida libertad; pero yo encuentro en esa misma division una esencialísima que puede hasta en el dia hacer se malogren tantos sacrificios y sangre vertida por consolidar nuestras instituciones. La esperiencia de clásicos errores no ha servido de maestra; y ni aun el terrible desengaño de que algun periódico como el Zurriago, de triste recuerdo,

era el instrumento asalariado para encender la discordia y entronizar el despotismo, sirve de lección para alzar un grito unánime que repruebe y proscriba á todo el que pronuncie el desorden con escritos incendiarios, y toda máxima que perjudique en lo mas mínimo al pronto y seguro triunfo de la causa que defendemos.

Si fueran necesarias pruebas para convencer del daño que la ocasionan los escritos alarmantes y calumniosos, bastaria el continuado exámen de los boletines rebeldes, atestados de copias de lo mucho que publican algunos periódicos poco circunspectos ó guiados del espíritu de partido. Pero lo que no podia concebirse ni esperarse, era el remarcable escándalo de verse públicamente ultrajada la sagrada é inviolable persona de la Reina Gobernadora, y si el gobierno, en las criticas circunstancias en que se encuentra la nacion no hubiese prescindido de consideraciones que podrian tener lugar en un estado normal, atajando el escándalo que comprometia el orden y precipitaba la causa, habria á mi modo de ver, comprendido mal sus deberes, respecto de la dignidad de la corona y las facultades que le concede el artículo 45 de la Constitucion jurada.

Como general en jefe de este ejército, creo conveniente felicitar tan oportuna determinacion, y no aventuro nada asegurando á V. E. que estos son los sentimientos de todos los individuos que están á mis órdenes, tan dispuestos á combatir á los rebeldes, como á toda clase de enemigos del trono legitimo de Isabel II, sea la que quiera la máscara con que se encubran. Dignese V. E. admitir esta espresion pura y sincera de mis sentimientos, que hago pública, por creer asi contribuyo al bien de mi patria y de mi Reina. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Amurrio 18 de julio de 1839.—Escelentísimo señor.—El duque de la Victoria.—Escmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.



DISCURSO

leido por el Escmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano

en 23 de diciembre de 1845

al tomar asiento en la Real Academia española como académico honorario de la misma.

Al verme en este recinto pisado por tantos buenos y aun insignes escritores cuantos ha contado España desde la creación de esta Real academia, dos afectos diferentes vienen á embargar mi ánimo y á poseerle todo. Es el primero un vivo agradecimiento, considerando que he conseguido la honra de ser académico de la Real academia de la lengua, distinción codiciada por mí durante largos años, aunque no llegase mi osadía á convertir en pretension el deseo; distinción que al cabo he pretendido cuando la edad y la afición al cultivo de la hermosa lengua castellana mas que mis aciertos como autor me han dado aliento para solicitar lo que no he llegado á merecer, y distinción que la bondad é indulgencia de este cuerpo respetable han llegado á concederme, como queriendo recompensar en mí el buen celo, aun no siendo este favorecido por la fortuna. Es el segundo el natural encogimiento al hallarme colocado entre tantos varones mis superiores en mérito, así como en celebridad, ocurriéndome en la estrañeza que me causa mi situación en este instante, que bien puedo decir de mí lo que de sí dijo aquel dux de Génova cuando llamado á Versalles á humillarse, y consigo á su República ante la magestad de Luis XIV, y preguntado cuál cosa admiraba mas en la suntuosa corte del Monarca frances, respondió que *su mayor asombro era verse él en aquel sitio.*

El haber nombrado á Luis XIV de Francia, desviando mi imaginacion de mi propia persona y de mi situación presente, me lleva á asunto harto diverso como lo es el recuerdo de la célebre academia francesa, de la cual es, en cierto modo, hermana menor esta nuestra academia española. Porque si bien el Monarca honrado con el título de grande, de quien acabo de hacer mencion, no fué creador de aquella academia, fundada por Luis XIII, ó digamos por su ministro el afamado cardenal de Richelieu, todavía favoreció con tanto empeño al cuerpo creado por su padre y le dió tal decoro y lustre, que celebrar la memoria de tan insigne Rey, protector de las letras y artes, vino á ser obligación de todos los académicos.

Establecida en el solio de España la regia estirpe de los Borbones, el Rey Felipe V quiso hacer en la tierra que pasaba á serlo suya lo que en su nativa Francia habian hecho sus ilustres progenitores. De ahí vino entre otros nacimientos de cuerpos literarios el de esta nuestra academia. ¿Y porqué no ha de ser en ella costumbre elogiar á los Reyes bajo cuyo patrocinio salió á luz y ha vivido con gloria? No creo pues que disuene en este lugar y ahora hacer un recuerdo sentido de alabanza y gratitud de los Monarcas de esta Real familia, la cual plegue á Dios que continúe rigiendo por dilatadas edades á nuestra patria por ella regenerada en la época de su mayor abatimiento y puesta en el camino de la ilustracion y de la pública ventura!

De la ilustracion, sí, y aquí es fuerza, y así mismo viene bien confesar que á la de España ha contribuido este cuerpo en grado considerable. Digase enhorabuena que las academias no han cumplido con todo cuanto de ellas se prometieron esperanzas demasiado halagüeñas para llegar á ser completamente logradas. Al cabo estos cuerpos han hecho cuanto les era posible hacer, lo cual si no es mucho, no deja de ser algo; si no es brillante, es provechoso; si de pronto no se nota, se llega á conocer cuando en ello se medita. Han mantenido y mantienen las buenas tradiciones literarias, y en literatura así como en otras materias es muy subido el valor de las tradiciones. Han atendido y atienden á sus lenguas patrias, de cuya pureza son custodios y defensores, y si no han conseguido libertarlas enteramente de corrupcion, á lo ménos un tanto han servido para atajar los progresos de la que las está consumiendo y destrozando.

Son, por otra parte, á manera de un puerto adonde miran los literatos, como á un lugar de seguro y cómodo abrigo al llegar la terminacion de su fatigoso viaje, y como un distintivo honroso con el cual quedan galardonados por servicios hechos en una larga carrera. En la literaria, así como en las demas, conviene que haya escalones, y que en el superior se descubra un lugar donde parezca como que se disfruta de un descanso acompañado de dignidad y gloria, lugar cuya posesion ansiada estimule y aliente á quienes entre afanes á él laboriosamente se encaminen.

Considerada la academia como una semejante situacion gloriosa, veamos por cuales sendas á ella podrá arribarse.

Son estas varias, pero no muy numerosas, no estando dividido en muchos ramales el camino de la literatura. Por la senda de la poesía mas que por otra alguna han llegado á esta academia los mas entre los individuos que hoy la componen y ennoblecen, aunque no falten quienes por otras vias hayan venido á ocupar un honroso asiento en este recinto, como críticos eruditos á la par que buenos hablistas.

Pero, hablando en esta materia, ocurre una duda, y debe ocurrir mas que á otro á aquel, que si bien con lento y no firme paso, y quedándose muy atras en su jornada, se ha dedicado con particularidad á hollar un sendero casi reciénabierto en nuestra tierra, que tiene mas de político que de literario, aunque un tanto pueda tener de lo segundo. La duda á que me refiero es si por el ejercicio de la palabra en los cuerpos deliberantes puede ganarse con legítimo título un puesto en la Real academia española.

Ciertamente el valor literario de los antiguos campeó y brilló tanto cuanto en otras composiciones en las oraciones ó arengas. Por las suyas, así como por sus obras didácticas ó filosóficas, se remontó Ciceron á la mas alta cumbre en la region literaria. Sin ser mas que orador Demóstenes merece ser y es contado entre los primeros escritores del mundo antiguo. Al lado y detras ó delante de las dos principales lumbreras que acabo de citar, resplandecieron otras con inferior pero todavía notable brillo. A tan claros nombres, honra de los ilustradísimos pueblos donde fueron conocidos y señalados, cualquier cuerpo literario debería haber abierto con empeño sus puertas.

Pero la elocuencia, hoy llamada parlamentaria, es en su índole harto ménos literaria que la de los antiguos. Criados los pueblos modernos de modo muy diferente que los de la clásica antigüedad, y ménos sensibles á las artes del buen decir y á los primores de la oratoria; por otra parte, tratadas las materias que son asunto de las arengas de nuestros dias, no con la mira de

arrastrar con el torrente de la elocuencia las voluntades de una concurrencia crecidísima, ni con la de deleitar á un corro selecto de literatos; y ventilándose además en los cuerpos donde se perora negocios en cuyo despacho debe tener mas parte que la imaginacion el buen seso; difícil es y hasta perjudicial seria en un orador político de la época presente emplear las varias y hermosas imágenes, los artificios retóricos y el estilo florido y limado, por el cual se distinguieron y son tan admirados todavía y tan merecedores de aprecio los esclarecidos oradores de las antiguas Grecia y Roma.

En los cuerpos apellidados Parlamentos suelen hablar casi todos cuantos de ellos son miembros, cual mejor, cual peor, no siendo por eso de culpar, pues no á grangearse fama de elocuentes, sino á tratar con acierto los negocios sujetos á su exámen y resolucion deben dedicarse los elegidos por los pueblos para volver por su interes, y tener un influjo mas ó ménos directo en el gobierno del Estado.

Es costumbre en los Congresos hablar los oradores de repente, y aun cuando un tanto preparados con frase improvisada. Y como los auditorios nuestros contemporáneos, aunque á veces haga en ellos fuerte efecto lo que se les dice, ya sorprendiéndolos por lo grande, ya conmoviéndolos por lo tierno, y de cualquier modo escitándoles sus varias pasiones todavía carecen de aquel accndrado gusto artístico, de aquel conocimiento de la belleza del estilo y dición que á los griegos y aun á los romanos caracterizaba y distinguía, no puede usarse hablándoles del arte esquisito que para influir en los ánimos de los oyentes antiguos se empleaba.

Asi que si en algunas arengas modernas reducen por cierto dotes nada comunes de ingenio y fantasía, y si hay en las de ahora, ya un argumentar diestro y vigoroso, ya movimientos oratorios de incontestable hermosura, el tejido de su composicion suele no ser perfecto, ni terso siquiera.

Hay otro motivo mas que á los ojos de las academias por fuerza ha de veair á hacer dudoso el derecho de entrada en ellas á quienes le reclaman con el título único de haber ganado con justicia fama de elocuentes hablando en los cuerpos deliberantes. Suele en semejantes lugares peccrse gravemente contra la lengua, usándose de voces y frases todavía no incorporadas en su vocabulario ni en su sintáxis, y hasta faltas de buen derecho para ser en el uno ó en la otra admitidas. Bien es verdad que á cosas nuevas corresponden nombres asimismo nuevos: que á objetos diferentes de los que ocupaban á nuestros buenos autores pasados cuadran estilo y dición diferentes de los que aquellos usaban. Pero quizá por eso mismo el orador de un congreso político, si nada mas es, está mal calificado para ser académico de la lengua. Las materias que se ventilan en aquellos cuerpos á este deben ser peregrinas. Alabanza merece quien trata y resuelve bien los negocios en que se ocupa; pero no siendo estos literarios, en otra parte que en los santuarios de literatura debe aquel buscar su galardón y renombre.

Acaso parecerá singular y nada conveniente que tenga yo esta opinion, y todavía mas que la espresé dentro de una sociedad que tiene á su frente al primer orador de nuestra patria (1), á nuestro director, en cuyos discursos

(1) Se alude al Escmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, director de la Real academia Española.

aun políticos asoma y hasta se descubre de lleno el literato cumplido, y hay concision y á la par gala en el estilo y en la diction, y belleza en las imágenes, y en suma, perfeccion artistica digna de ponerse al lado con la de que pudieron, han podido, ó pueden blasonar los varones mas elocuentes de la presente ó de las demas edades. Pero en este nuestro compañero de quien se envanece con razon la academia, no ménos que España toda, hay méritos altos contraidos en trabajos literarios puramente, y esos (segun mi corto entender) son los que le han dado entrada y asiento en este lugar hasta colocarle en el preferente que entre nosotros dignamente ocupa.

En cuanto al que ahora osa levantar su voz en este recinto, si bien por todos títulos dista infinito de aquel á quien acaba de dar merecidos elogios, y si como escritor solo puede citar para acreditarse de serlo obrillas sueltas, asi como escasísimas en valor muy cortas en dimensiones, cree que si por algo ha podido merecer el título de académico que ha alcanzado ha de haber sido por su aficion estremada á la conservacion en su dignidad y pureza de la habla sonora y grandilocua tan hermosa en los escritos de nuestros mayores.

Cabalmente por lo mismo que es dado á hablar en público con frecuencia se ha resuelto á sustentar la parte de la cuestion en las breves palabras que anteceden propuesta, é intentada resolver, aunque tratada someramente y dando sobre ella el fallo sin la debida madurez en el juicio. Por su propio ejemplo conoce quien así se espresa que si cuando escribe con rudo estilo y diction nada elegante ni correct, todavía procura y á veces logra no cometer graves pecados contra la pureza de su lengua patria, cuando habla en público no sucede lo mismo, siendo en esta ocasion numerosas y muy de bulto sus culpas. Por sus discursos, en verdad, ni la mas escesiva indulgencia de la academia bastaria á dar razon de que le hubiese favorecido hasta contarle por uno de su gremio.

Bien es verdad que en la nacion nuestra vecina han conseguido ser de la academia francesa algunos sugetos de nombradía, la cual habia sido ganada únicamente por discursos hechos en los cuerpos políticos deliberantes, ó en el foro como buenos abogados; pero no ha faltado en Francia quienes desaprobaban que por méritos tales y no mas se logre un asiento en una sociedad meramente literaria. Y los desaprobadores han notado con razon que las mismas obras en que está cimentada la fama de los académicos, en sentir de sus censores poco dignos de serlo, si bien son producciones del ingenio de valor altísimo y aun singular en su clase, como composiciones literarias no son merecedoras de un elogio muy encarecido.

Otro tanto debe suceder y sucede con los oradores de nuestra España.

Allégase á lo dicho el peligro que hay de considerar en un orador de Parlamento, no al hombre dueño del arte de la elocuencia mirada en sí, aparte de otra cualquiera consideracion, sino al repúblico de estas ú esotras opiniones y bandería: por lo mismo acepto en extremo á unos y á otros en igual grado repugnante. Porque en valde procuramos los hombres separar en aquel á quien contemplamos y juzgar queremos las partes diversas componentes de su entendimiento y los lados diferentes porque mirársele debe; pues como la naturaleza ha hecho de él un ente solo, aunque múltiple, solemos, al verle y estimarle como él es, celebrar ó vituperar, sin conocerlo nosotros mismos, el conjunto, cuando deseamos y creemos habérnoslas únicamente con la parte sujeta á nuestro juicio.

No ignoro que á las razones aquí torpemente dadas por mí pueden ser

opuestas otras varias, y no de liviano peso. Las carreras literarias se van multiplicando: se abren cada dia sendas nuevas por donde se camina con provecho comun y propia gloria: en la de los pueblos tiene parte considerable la fama adquirida por sus oradores. De estos los que se grangean con justo motivo alto renombre tienen algunos, y no cortos conocimientos literarios; no pudiendo pasar por haberse distinguido altamente uno entre cuyas prendas no esté contada y campe la del buen decir; esto es, la de espresarse con una considerable dosis de brillantez y de correccion juntamente.

Pero asi y todo corre gran peligro la fama literaria que solo en haber hecho famosas ó buenas arengas estriba. Y hay mas, pues el discurso mejor para pronunciado no es bueno para leído. Un juez competente que hermanaba lo literato con lo orador de primera clase, y en quien la práctica de su arte habia adelgazado y aclarado el juicio crítico (el insigne ingles Carlos Jacobo Fox), llegó á afirmar que si una oracion agradaba mucho al leerla, con esto solo quedaba probado que habia satisfecho y aun valido poco al pronunciarla.

Parece pues lo mas justo y conveniente (en el sentir de quien ahora lo dice, sentir, por otra parte, cuyo escaso valor él mismo conoce y confiesa) que la fama de orador político quede aparte de la literaria con separacion absoluta. No obstante al orador el serlo, si en otras obras suyas acredita su mérito literario puro. Pero á quien solo cuenta y puede presentar lauros ganados en la palestra política, dénse otras recompensas gloriosas y apetecibles en grado sumo, y no las coronas que á los pacíficos literatos corresponden; y sean santuarios como el de esta academia solamente lo que en frase clásica son llamados templos de las musas, las cuales, como es sabido, se comunican con sus devotos en el apartamiento de los negocios del Estado, morando y aplaciéndose en las regiones quietas, hermosas y floridas, donde el entendimiento atento á buscar y adorar la belleza se abstiene y olvida enteramente de las otras afanadas y bulliciosas escenas mundanales. He dicho.

